

JOAQUÍN ADÚRIZ S. J.

En los escritos inspirados del Nuevo Testamento encontramos dos panoramas sintéticos de la economía cristiana: el que nos propone San Pablo y el que nos propone San Juan. Dos panoramas distintos no por los elementos que los constituyen —la vida sobrenatural que el Padre nos ofrece en su Hijo hecho carne, es una sola e indivisible— sino por el centro de perspectiva en que convergen sus líneas de fuerza.

El punto de vista paulino es de preferencia histórico: el hombre anclado en el primer Adán por descendencia, y en Cristo —el segundo Adán— por la destinación universal de la redención (Rom. 5, 12-21; 1 Cor. 15, 45-49; Col. 3, 9-11), y que por ende para ser salvado necesita morir a su ser adamita y resucitar en Cristo con un nuevo ser cristiano (Rom. 6, 1-11; Gal. 2, 19-20). Injertado en esta muerte y en esta vida nueva por el bautismo, el fiel es ontológicamente un muerto que tiene su vida escondida con Cristo en Dios (Col. 3,3) y el esfuerzo de su existencia terrena se concentra en la "nécrosis" de todo reflejo adamita en su cuerpo mortal transcribiendo en su lugar los gestos divinos del Hijo de Dios (Rom. 6, 12-14; Col. 3,5-4, 6; 2 Cor. 4,7-12). La vida cristiana aparece así como una "resurrección", o una "regeneración" y "renovación" por el Espíritu (Tit. 3,5).

En cambio San Juan prefiere contemplarlo todo bajo un ángulo metahistórico. En "el principio" que precede y da sentido a la aventura de la historia, el Verbo estaba en Dios y el Verbo era Dios y ya desde el principio estaba junto a Dios. (Jo. 1, 1-2). Y como Dios es amor (1 Jo. 4, 8.16) por su Verbo que era vida y luz creó todas las cosas teniendo como horizonte final al hombre. Y amó tanto al hombre por El creado, que entregó a su Hijo unigénito para que el hombre fuera salvo por el mismo por quien fué creado (Jo. 3, 16-18). Y así el Verbo vino al mundo como a su propia casa, dando a todos cuantos lo recibieron por la fe, la potestad de ser engendrados hijos de Dios —los que nacen no por generación natural de carne y sangre, sino por la generación que tiene su origen en Dios (Jo. 1, 11-13). El Verbo se hizo carne, habitó en medio de nosotros, y de su "pléroma" todos hemos recibido (Jo. 1, 14-16). La vida cristiana se presenta, en consecuencia, como algo directo que brota del Padre por su Verbo como el ofrecimiento de un don primordial, que si se rechaza lleva a la muerte y que si se acepta por la fe, genera a la vida: es una "generación que parte de lo alto" (Jo. 3, 3.5).

Dos perspectivas en paralelo estrecho con la experiencia personal de cada uno de los dos Apóstoles: para Pablo, el convertido de Damasco, llegar a la Vida es primero morir al "hombre viejo"; para Juan, el amigo de Jesús desde

la primera a la última hora, la vida es un don con que uno se encuentra como primer dato.

* * *

Estos dos enfoques iniciales han aparecido "tour à tour" a lo largo de la historia de la ascética cristiana. Tal vez en ellos hay que buscar el matiz diferencial de las dos jerarquizaciones clásicas del camino de la perfección: "principiantes", "aprovechados y perfectos" y "purificados, iluminados y unidos". Tal vez allí se esconda en último resorte la clave que explique la génesis de las diferentes escuelas de espiritualidad, y la incompreensión con que muchas veces se consideran entre sí. Tal vez fueran el criterio que permitieran trazar una "tipología ascética" de base, que señalara rumbos a una dirección espiritual realmente adaptada a la vida espiritual de cada dirigido.

* * *

Los Ejercicios espirituales de San Ignacio de Loyola se enclavan por su estructura dentro del "tipo paulino".

La primera semana en su tenor literal se apoya fuertemente en el "ser adamita" del ejercitante, "considerando su ánima encarcelada en este cuerpo corruptible" demanda "vergüenza y confusión de *sí mismo*, viendo cuántos han sido dañados por un sólo pecado mortal y cuántas veces merecía ser condenado para siempre por *sus* tantos pecados"; en el tercer punto, pensando en la suerte de "cada uno que por un pecado mortal es ido al infierno" agrega otros muchos sin cuento que fueron allí a parar "por menos pecados que *yo* he hecho"; y en el coloquio final el énfasis es puesto en el hecho personal: cómo Cristo N. Señor "de Creador es venido a hacerse hombre y de vida eterna a muerte temporal y así a morir por *mis* pecados".

El segundo ejercicio íntegramente está dedicado a penetrar en esta experiencia "adamita" — "corrupción y fealdad corpórea", "llaga y postema de donde han salido tantos pecados y tantas maldades y ponzoña tan turpísima", "exclamación admirativa con crecido afecto, discurriendo por todas las criaturas, cómo *me* han dexado la vida y conservado en ella"... — hasta terminar en el coloquio "dando gracias a Dios N. Señor porque *me* ha dado vida hasta ahora, proponiendo enmienda con su gracia para adelante".

Las repeticiones que constituyen el tercer ejercicio se condensan en un triple coloquio —a Nuestra Señora, al Hijo y al Padre— pidiendo la intensificación y clarificación de la conciencia de pecado en sí mismo —"que sienta interno conocimiento de *mis* pecados y aborrecimiento dellos"— y en su raíz —"que sienta el desorden de *mis* operaciones..."", "conocimiento del mundo..."

La meditación del infierno se orienta también en su coloquio dentro del mismo horizonte, cuando después de dividir a las almas que están en el infierno en tres categorías, se prorrumpe en acción de gracias "porque *no me* ha dejado caer en ninguna destas, acabando *mi* vida. Asimismo, cómo hasta ahora siempre ha tenido de *mi* tanta piedad y misericordia".

Sobre este fondo de intensa conciencia de la realidad del pecado y de su sentido en *la propia vida* se abren las otras tres semanas, en que por asimilación a la vida, muerte y resurrección de Cristo, se busca el camino de la voluntad de Dios en el propio destino.

* * *

En esta estructura se refleja la experiencia personal del convertido de Loyola: tránsito de muerte a vida, de sombra a luz, regeneración, renovación... Su experiencia personal y en un grado más o menos profundo la de la mayoría de los cristianos que por la experiencia de la caída o por la angustia del "aguijón de su carne" han constatado empíricamente la fuerza del pecado que pretende tiranizar su ser y del cual no hay liberación sino por la submersión en la muerte y en la resurrección de Cristo.

Pero, ¿se puede afirmar que con su peculiar matiz psicológico esta experiencia es universal? De San Juan Berchmans se afirma, que siempre encontró gran dificultad en hacer los ejercicios de la primera semana: ¿no será esto el signo de una incompatibilidad psicológica con su estructura peculiar...? El, el inocente y tranquilo flamenco, ¿no se adaptaría mejor a un esquema juánico? Y de ser así, en esos casos extraordinarios, adaptar los ejercicios, ¿no tendría que consistir en acentuar directa y primariamente el encuentro con Cristo, y el llegar al sentido del pecado en función de ese encuentro?

RESEÑAS BIBLIOGRAFICAS

IRENEO GONZÁLEZ MORAL, S. I., *Metodología*. (15,5 x 21,5 cms.; 238 págs.). Editorial Sal Terrae. Santander, 1955.

Aprovechando el material de otros autores y los aportes de su propia experiencia, el autor tiene el acierto de unir a la metodología científica las normas generales para toda clase de estudio.

En la primera parte considera el trabajo ordinario del estudio y de la clase. Nada se hace sin método, mucho menos el trabajo intelectual. Pero previamente se requieren algunas disposiciones del alma: unidad de las tendencias, disciplina de las facultades, oración.

El estudio mismo ha de ser concreto, atendiendo a la actividad personal y no omitiendo el contacto con los profesores. Acoplado a este trabajo intenso debe ir el cuidado prudente de la higiene física y psíquica.

El autor trata varios aspectos en particular: pro y contra de las clases, asimilamiento, fruto del trato oportuno con los profesores y condiscípulos; observaciones sobre el modo práctico de hacer las lecturas, y de sacar notas.

La segunda parte (la más fundamental) se refiere directamente al trabajo científico. Comenzando por lo más sencillo, indica las características de las discusiones, interpretación de textos, relación y crítica bibliográfica.

Y llegamos al trabajo científico especial. Lo primero: la elección del tema, sus dificultades. Teniendo ya el tema entre las manos, es imprescindible conocer los instrumentos de trabajo: enciclopedias, manuales, etc. El autor no se contenta con hablar teóricamente del método: proporciona una bibliografía muy bien seleccionada de cada tipo de instrumento, e indica las normas prácticas en el momento oportuno.

Con tal instrumental se ha podido reunir una bibliografía adecuada: hay que saber completarla y usarla con provecho. Con esta tarea se ha llegado a las "fuentes", lo característico del trabajo científico. Sobre ellas se hace la crítica de autenticidad y de interpretación.

Finalmente, el momento de la síntesis y de la redacción del trabajo. A propósito de ésta, el autor echa un vistazo a las distintas maneras de colaborar con revistas científicas, como asimismo a la utilidad de llegar a producir un libro; para lo cual indica qué cosas lo constituyen en científico.